

Ideas Bolívarianas

sobre Educación Pública (1)

Guillermo HERNANDEZ DE ALBA

Una tarde del mes de septiembre de 1810, en la residencia de la calle de Grafton, hogar del Precursor don Francisco de Miranda, el embajador de la Capitanía General de Venezuela en Londres, coronel don Simón Bolívar, escuchó entusiasmado de labios del fogoso innovador de la pedagogía, don José Lancaster, la exposición de su nuevo sistema educativo. Con esa su vivacidad característica cayeron sobre Bolívar las nuevas inolvidables impresiones que un día se harán palpables dentro del pensamiento educativo del gran Libertador. Las ideas del británico se conjugaron ampliamente con las ideas del caraqueño, y hechas jirones quedaron esparcidas a través de la carrera de Bolívar. Anhele yo formar con ellas un haz que las reúna y así juntas presentarlas ante vosotros esta tarde.

“El hombre, ha dicho Taine, es la adición de su raza”. La filiación filosófica del Padre de la patria no se arraiga en el filosofismo ambiente, ni ha de buscarse en los cánones viejos. Una ráfaga de viento, viento de fronda, como dijo alguno, sopló recio en el litoral americano. Pero ni Antonio Nariño es de la casta de Francisco Javier Caro, ni Simón Bolívar lo es de la de Emparan. El ciclo abierto por las ciencias naturales en la Nueva Granada, desde la cátedra de Celestino Mutis se cierra con el Precursor. Más rápido aún aunque no estrecho, el padre Andújar es el Mutis y Bosco de Simón Bolívar.

De aquí surgió el ecléctico. Tres siglos de divagaciones metafísicas se enfrentan en lucha con la física pura; el ente de razón defiende su avanzada y, por sobre la vieja tradición, la tierra ya no puede ser detenida en su movimiento rotatorio. Al principio es fuente rumorosa que se torna en riachuelo y en torrente y en

(1) Conferencia leída en la Academia Colombiana de Historia.

río que se precipita enloquecido y frente a frente con el océano invencible, el choque lo convierte en irisada espuma y ya son uno. Las aguas nuevas traen la regeneración de las doctrinas filosóficas: Platón, se hace San Agustín. El filósofo sensualista de los primeros años, el que bebió las doctrinas de Locke, Condillac, Helvetius, Montesquieu, Filangieri, Rousseau, Voltaire y Berthot, volverá sus ojos al escolasticismo y buscará en la moral cristiana la base de la verdadera educación.

De su abolengo helénico y romano no desmienten las arengas militares, las oraciones de serenidad patricia, y de las aulas académicas de San Fernando, el sabio Ustáriz hará brotar al estratega incomparable. "El Emilio" hecho carne de su carne por Simón Rodríguez, no olvidará jamás al padre Andújar, a cuyo influjo, un día será Simón Bolívar a la manera de un Chesterfield católico.

Angostura, Belén del Derecho constitucional colombiano escucha atónita al dictador que con expresión de iluminado echa los cimientos de la Gran Colombia e imprime su espíritu genial a la institución republicana. ¿Cuál su pensamiento en torno al ideal educativo?

"La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus Tribunales domésticos, y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República, una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República; que acuse la ingratitud, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos, debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas afflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no

solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público”.

Días y días de continuo batallar se sucedieron. Reposado el coloso, en breves horas de trajinado aliento, después de Boyacá y organizada sobre ruinas humeantes la Nueva Granada, el primer pensamiento de Bolívar se realizó en un colegio para huérfanos. Diezmada casi una generación por los cadalsos de don Pablo Morillo, los hijos de los mártires terminarán en fecha no remota la sinfonía inconclusa de sus progenitores y llenarán con sus nombres y su gloria la generación que comienza. Por eso el primer pensamiento de Bolívar, así en las horas de triunfo como en las amargas de las postrimerías, vuela hacia los pequeños ciudadanos. Santander interpreta la voluntad del Padre, al consagrar, en decreto memorable, establecimiento de tan altas perspectivas y al sobrepasar más tarde las mayores ambiciones educacionistas.

De las riberas del Orinoco hasta las alturas del Potosí, y más allá, confundido para siempre con el iris de la nieve perpetua, flota ya el tricolor grancolombiano, que la mano más noble, digna y generosa supo plantar en la eminencia donde flotará perennemente. La ciudad de los Reyes derriba sus murallas para recibir al triunfador que ya no es héroe, ni rey, porque aquello más bien recuerda una apoteosis. Doblegado sobre la mesa del festín, el alba le sorprende “ceñido no del pámpano lascivo que cifra la molicie, sino del laurel acre que galardona al triunfador”. Y contrastan con semejante ambiente las palabras del discípulo de don Simón Rodríguez al mentor de su sobrino Fernando: “La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar”. Y días más tarde escribe largas páginas que guardan todo el oro de su pensamiento educativo.

En plena campaña del Perú le sorprende la visita del norteamericano Hiram Paulding. Departen confidencialmente y, una mañana, cuenta el yankee, rodó la conversación sobre asuntos religiosos y dijo el Libertador: “La libertad de religión debe ser consecuencia de las instituciones libres y de un sistema de educación general. Yo he hecho establecer el sistema lancasteriano en todo Colombia, y eso solo hará a la generación venidera muy superior a la presente”.

Catorce años han pasado desde su entrevista con el innovador inglés y Bolívar no olvida las impresiones recibidas. Lancaster en oposición a Bell de quien toma su sistema, educa a sus discípulos a base de la moral natural, con prescindencia de todo credo religio-

so, dejando al libre albedrío de sus alumnos el que éstos, según su criterio, escojan la doctrina que a bien tengan, y esto, hasta el momento, cautiva a Bolívar lo propio que el sistema pedagógico de los monitores que estimula poderosamente a los educandos y los lleva a superarse.

Desde el 25 de mayo de 1824 el pedagogo inglés está en Caracas. Le animan los más poderosos ideales para completar la obra de la libertad. Tan buena nueva sorprende a Bolívar en Lima. La misiva de Lancaster le dice:

“Ha producido en mi mente las más agradables reflexiones el hecho de que la juventud de tu ciudad natal sea la primera que experimente en Colombia el beneficio completo de mi sistema; que los ciudadanos de Caracas sean los primeros, estando tú ausente y a una gran distancia, en aprovechar la ocasión no sólo invitándome a venir aquí sino tomando medidas que servirán de modelo grande y provechoso para tu patria”.

La carta le llega en momentos en que el Congreso del Perú, rivalizando en generosidad con sus libertadores, decreta a favor de Bolívar una recompensa de un millón de pesos. El desinterés del Presidente se resiste y viene un duelo de notas que hacen alto honor a entrambas partes. El Congreso decide la contienda, ordenando que la cuantiosa suma se reparta entre los soldados victoriosos y la ciudad cuna del genio de América. Que para el hijo que la inmortalizó, basta la medalla ordenada por el propio gobierno, porque ella colma la medida de los ilimitados deseos del fundador de la Gran Colombia.

En Caracas la buena nueva es acogida y el pedagogo inglés encuentra colmados sus deseos: “El Gobierno del Perú ha sido muy generoso conmigo de mil modos, escribe Bolívar a Lancaster, y poniendo además un millón de pesos a mis órdenes para el beneficio de los colombianos. La educación pública llamará mi preferencia en el reparto de este fondo. Por lo mismo no tengo el menor inconveniente en promover la mejora de los establecimientos de educación que usted dirige con su hermoso genio”.

Las escuelas del nuevo sistema nacieron en Caracas dotadas por el Libertador sobre la fe de la generosa donación del Perú. Veinte mil pesos recibe Lancaster en una letra contra las cajas de Lima, protestada cuando el instituto había comprado, según lo convenido, libros, instrumentos, imprenta... Sin fondos el Perú, fallido su empréstito extranjero, Bolívar, en las postrimerías de su vida, hubo de ordenar, al confidente incomparable Fernández Madrid, la redención de aquella deuda con libranzas sobre las mi-

nas de Aroa, único iluso patrimonio que le restaba al enantes acaudalado caraqueño. El Padre de la patria lo fue también de las escuelas de Lancaster.

Crecieron pues los nuevos ciudadanos alimentados con la doctrina inglesa. El Cabildo caraqueño del año 25 mueve una tempestad contra la nueva forma educacionista que casi la aniquila, a tal punto que Bolívar escribe:

“Mas cuál ha sido mi sorpresa al saber, que la M. I. Municipalidad del año pasado en lugar de propender a que se extendiese un plan tan útil a la juventud de Caracas lo ha combatido desde su principio. Por esta consideración es que al fin me he determinado a dirigirme a V. S. I. con el objeto de reclamar contra un abuso que aún no puedo creer, y a interesar el celo y patriotismo de esa Municipalidad a fin de que, lejos de oponerse a las miras verdaderamente benéficas del señor Lancaster, les preste toda aquella protección que es su deber dar a establecimientos que tiendan a la propagación de las luces, y que interesa tan inmediatamente al pueblo que ella tiene el honor de representar”.

Y es en estos mismos días cuando escribe páginas inolvidables que encierran todo su pensamiento sobre educación e instrucción públicas: “El Gobierno forma la moral de los pueblos, los encamina a la grandeza, a la prosperidad y al poder. ¿Por qué? Porque teniendo a su cargo los elementos de la sociedad, establece la educación pública y la dirige. La nación será sabia, virtuosa, guerrera si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares: ella será imbécil, supersticiosa, afeminada y fanática si se la cría en la escuela de estos errores. Por esto es que las sociedades ilustradas, han puesto siempre la educación entre las bases de sus instituciones políticas. Véase la República de Platón. Mas, ¿para qué hemos de examinar teorías? Véase Atenas la madre de las ciencias y de las artes; a Roma, la señora del mundo; a la virtuosa Esparta; a la República de los Estados Unidos, el trono de la libertad y el asilo de las virtudes. ¿De dónde sacaron, exclama, lo que han sido, y lo que son”? Y ahora sus palabras se hacen dogma. Escuchadle: “En efecto: las naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si ésta vuela, retrogradan, si retrograda, se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe, o absolutamente se abandona”.

“El Director de una escuela, escribe, es decir, el hombre generoso y amante de la Patria, que sacrificando su reposo y su liber-

tad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado, que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda benemérito de la Patria: merece la veneración del Pueblo y el aprecio del Gobierno. El debe alentarle y concederle distinciones honrosas.

“Claro está, que no hablo de los que llaman *Maestros de Escuela*: es decir de aquellos hombres comunes, que armados del azote, de un ceño tétrico, y de una declamación perpetua ofrecen, más bien la imagen de Plutón, que la de un filósofo benigno.

“Aquí se enseñan más preocupaciones que verdades: es la escuela de los espíritus serviles, donde se aprende con otros vicios el disimulo y la hipocresía, y donde el miedo no permite al corazón el goce de otra sensación. Fuera semejantes tiranos: que se vayan a Salamanca que allí tendrán lugar”.

Lejos, muy lejos, anhela el Libertador ver aherrojados los nombres Maestro y Escuela, que ésta se llame sociedad y aquél, Director.

¿Y cuál el sistema pedagógico bolivariano?

“Formar el espíritu y el corazón de la juventud, hé aquí la ciencia del Director: este es su fin. Cuando su prudencia y habilidad llegaron a grabar en el alma de los niños los principios cardinales de la virtud y del honor; cuando consiguió de tal modo disponer su corazón por medio de ejemplos y demostraciones sencillas que se inflamen más a la vista de una divisa que los honra, que con la oferta de una onza de oro; cuando los inquieta más la consideración de no acertar a merecer el premio, o con el sufrimiento de un sonrojo, que la privación de los juguetes y diversiones a que son aficionados, entonces, es cuando ha puesto el fundamento sólido de la sociedad, ha clavado el aguijón que inspirando una noble audacia a los niños, se sienten con fuerza para arrosar el halago de la ociosidad, por consagrarse al trabajo. La juventud va a hacer progresos inauditos en las artes y ciencias....”

Y más adelante Bolívar discurre sobre la feliz realidad de sus días, la que debe ser también de nuestra época: “Afortunadamente nuestra Sociedad se halla hoy en este caso: los niños se desvelan estudiando, no hablan sino de lo que han aprendido, es día de desconsuelo el día que la Escuela está cerrada”. Pueblo feliz el que tales expresiones mereció del grande hombre, que así prosigue adivinando el sentido moderno educacionista:

“Los premios y castigos morales, deben ser el estímulo de racionales tiernos; el rigor y el azote, el de las bestias. Este sistema

produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos y decencia en las acciones. Contribuye en gran manera a formar la moral del hombre, creando en su interior este tesoro inestimable por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra hombre de bien”.

Y aquí vienen nítidos preceptos para el fiel cumplimiento de la educación. Máximas inalterables aún hoy para el buen educador, sistemas notables; aseo, mucho aseo; rigurosa etiqueta social de la que dice: “No es esta materia frívola: su interés es tal, que de su inobservancia se originan disgustos, enemistades y duelos.... Aquí es preciso evitar el extremo opuesto, o la nimia escrupulosidad en la práctica de las reglas, de donde resulta una afectación tan chocante y ridícula que más parecen unos hombres grabados en unos preceptos, que unos preceptos grabados en hombres”.

Ved por último su luminoso concepto sobre la defensa idiomática: “Siendo la palabra el vehículo de la instrucción, es de los primeros cuidados del Director que la dicción sea pura, clara y correcta: es decir que no se admita barbarismo, ni solecismo; que se dé el valor a los acentos, y se llamen las cosas con sus propios nombres sin alterarlos”.

Por fin, en la organización, los monitores de Lancaster y el todo *las escuelas públicas* regidas por personas de genio, conecedoras del corazón humano; y como sistema la sencillez y el método claro y natural que cada vez más se aleja de los métodos educacionistas modernos. “Sin aquellos requisitos en vano se amontonarán preceptos y trabajos: todo será embarazo y confusión”.

Permitidme recordar también, ya que las conmemoraciones augustas de la Patria se suceden en estos días de público regocijo, cómo soñó Bolívar celebrar estas fechas sacratísimas:

“La adquisición de los premios, los actos extraordinarios de aplicación, de honor y de cualquiera otro sentimiento noble, no los borrará el olvido; antes bien se recomendarán a la memoria con aprecio. A este fin se llevará un registro donde se consignen los hechos más notables, el nombre de su autor, y el día en que se ejecutó. Estará a cargo de un Secretario electo por votación, quien escribirá y autorizará el hecho, se adornará el libro y se mantendrá con veneración en un lugar visible. EL DIA DE LAS GRANDES SOLEMNIDADES DE LA PATRIA, SE CONGREGARA LA SOCIEDAD, Y ALGUNAS PERSONAS VISIBLES DEL PUEBLO: UNA DE ELLAS, LA MAS CONDECORADA, LEERA EN VOZ ALTA LAS GLORIAS Y TRIUNFOS DE LA JUVENTUD. Se consignará esta ceremonia, se tributarán vivas y elogios a aquellos

cuyo nombre se halle escrito en este libro precioso. Este día será el de la Sociedad, día de fiesta y de regocijo". Hagamos rediviva esta idea genial y feliz, ofrezcamos a la juventud estudiosa ese estímulo incomparable que señaló Bolívar.

Textos y métodos, nada falta en este idearium feliz. "Para aprender los principios de la Historia Sagrada y de la Religión, el Catecismo de Flery y el Padre Astete". ¿No es el Lord Chesterfield católico que os insinué?

¡La hora de la prueba ha sonado ya! Los dulces días del palacio de La Magdalena, se tornan en la torturante expectativa del derrumbamiento. Todo amenaza perecer: hombres, ideas e instituciones chocan víctimas del cataclismo. La carta Boliviana, como un huracán lo arremolina todo. De los claustros de San Bartolomé, se precipitan avasalladoras las doctrinas de Bentham y Tracy, haciendo fulgurar el puñal parricida. Las ideas se han vuelto contra el que regó la semilla. Y ahora frente a frente, se miran el río y el mar. El choque es funesto. El que estampó en el Código: "El desarrollo moral del hombre es la primera intención del Legislador: luégo que este desarrollo llega a lograrse, el hombre apoya su moral en las verdades reveladas, y profesa de hecho la Religión, que es tanto más eficaz, cuanto que la ha adquirido por investigaciones propias", dicta el célebre decreto proscribiendo el libre examen, anatematizando el sensualismo y creando en las Universidades y Colegios de la Gran Colombia, la cátedra de Moral católica, cifra y base de toda educación.

El dogma bolivariano hecho realidad:

"Las naciones marchan hacia el término de su grandeza con el mismo paso con que camina la educación:

"Ellas vuelan, si ésta vuela; retrogradan si retrograda; se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe, o absolutamente se abandona".

BIBLIOGRAFIA

Vicente Lecuna, *Papeles de Bolívar*, Caracas 1917, *Cartas del Libertador*, 10 volúmenes, Caracas 1930, y *Proclamas y Discursos del Libertador*, Caracas 1939. — *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, de Venezuela, tomo XVII, número 66. — *Leyes y Decretos de Colombia*, 1819 a 1829. — *Memorias del General O'Leary*, tomo XII, Caracas, 1881.